

Cuando la sangre (de las víctimas) gobierna la memoria

PALABRAS CLAVE

2014; América del Sur; Argentina; identidad; sangre; ADN; políticas de la memoria; Abuelas de Plaza de Mayo; reparación

RUBRICA Réagir

Gabriel Gatti
Universidad del País Vasco, España

Hace pocos meses, en Argentina, *apareció* Ignacio Guido, el nieto de Estela de Carlotto, la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo. Era el 114 de una serie espectacular, la de los que fueron niños o bebés apropiados por la dictadura militar 1976-1983 que años después *recuperó* —la cursiva aquí no es irrelevante— su identidad. El del nieto de de Carlotto, es un caso más de esa serie, pero tuvo mucho de singular y en esa medida sublimó algunas de las particularidades que marcan lo que ya es un fenómeno planetario, las Abuelas de Plaza de Mayo. Me detengo solo en una: el poder de la sangre¹.

La alegría es general, las redes sociales rebosan mensajes de júbilo. La prensa celebra por aclamación festejan la llegada del nuevo nieto, la alegría de la reconocida abuela, la capacidad nacional de gestionar el pasado reciente, ciertamente rara en la región. Todo lo que en esos días toca Abuelas de Plaza de Mayo se convierte en alegría y en Facebook, en miles de *likeados*: la foto de abuela y nieto (“Son iguales, miren esa sonrisa”), los comentarios de la tía del recuperado (“Le dije a mami, es como el padre, no tiene nada de Laura”). La felicidad general se compone, a partes iguales de celebración militante, la asociada a la lucha de las Abuelas de Plaza de Mayo y al triunfo de esa estrategia que con inteligencia combina ciencia, protección del hogar familiar y persistencia, y de emoción, la ligada al **RE**encuentro familiar, a la **RE**paración del daño, a la felicidad de la identidad **RE**cuperada, todo con el prefijo, **RE**, en negrita, en cursiva, en mayúsculas.

Y el júbilo va más allá de Argentina, más allá de la región: en España, desde donde escribo, la prensa celebra no ya que lo ocurrido se pueda conjugar a partir de verbos como *luchar* o *reparar* sino que pueda pensarse junto a otros mucho más melifluos (llorar, emocionar, recomponer el hogar) y que vaya protegido por sustantivos más triviales y ordinarios (abuela, nieto, familia). La abuela en el último período de su vida, otra infancia robada, esa víctima que deja al fin de serlo... son hilos narrativos que pesan más que otros posibles, más duros (hijo de quién, hijo de qué, desaparecido por quién y cómo). No lejos, en Roma, el Papa felicita a su compatriota Estela de Carlotto porque su firmeza que le ha permitido encontrar a su nieto y rehacer la familia descompuesta. Mientras, desde Nueva York, las Naciones Unidas felicitan a las Abuelas de Plaza de Mayo por haber unido con enorme eficacia ciencia (determinación del parentesco a través de pruebas de ADN) y políticas de derechos humanos.

Abuelas y Madres de Plaza de Mayo, Familiares de Detenidos-desaparecidos, H.I.J.O.S., Hermanos... la respuesta contra la desaparición forzada de personas se sanguinizó desde el arranque. Podría haber sido de otro modo, nada obligaba a esta apuesta, pero se hizo así: contra la catástrofe devastadora que para nuestra idea de identidad supuso la desaparición forzada se combatió con más

¹ Pero hubo otras, que merecerían otros textos, todos con Argentina como eje: la digestión del asunto en los foros de la telebasura, la evidencia de la elevación de la sensibilidad humanitaria al estatuto de verdad compartida, la elevación de la política de la memoria al nivel de la “imagen de marca nacional”...

identidad, y no con cualquiera, sino con la que se materializa en ese material viscoso, la sangre. Tenía sentido: los desaparecidos se habían evaporado en un espacio inexistente, a medio andar entre la vida y la muerte, cerca de una nada que algunos creen de imposible gestión². Convenía agarrarlos con sogas sólidas, y la sangre, como otros humores corporales, ha generado varias en nuestra historia: la verdad, la familia, la filiación, la identidad... Para el caso de los niños apropiados, las posibilidades de revivir viejas ataduras o de inventar nuevas eran, además, muy pocas, pues de ellos no quedaba nada, ni el recuerdo, ni la foto, ni un resto, ni una historia. Solo lo que llevasen puesto en el cuerpo, la huella genética, la marca de la sangre. Y todo un trabajo de invención técnica permitió establecer a través del ADN lo que antes no se podía: que un sujeto está ligado con otro aunque falte la muestra de los genitores. Eureka: Abuelas contribuye a dar forma al “índice de abuelidad”.

Una *justificación práctica* —era de lo que se disponía para ubicarlos— se tradujo en *procedimiento técnico* —muestras de ADN e índice de abuelidad...— y finalmente, en el extremo de este argumento, la alianza de lo práctico y lo táctico acabó en una *definición ontológica*: lo genético terminó por definir al ser mismo. Sangre, ADN e identidad participan ahora de la misma ecuación. Así ha sido, para pelear contra la *disolución del ser que fue* los organismos de derechos humanos se armaron de un relato fuerte sobre la necesidad de su **RE**cuperación, su **RE**facción, su **RE**composición... cargaron la fuerza de esta “melodía en clave de **RE**” en lo biológico y esto terminó derivando en posiciones sobre *lo que es* extremadamente conservadoras, si no directamente esencialistas: ser es ADN, es biología. La identidad, clave de bóveda del relato de los organismos de derechos humanos, en particular del de Abuelas de Plaza de Mayo, o es así o no es.

Podía haber sido de otro modo, decía, pero no fue. Y funcionó, tanto que este relato se elevó desde los pequeños grupos de familiares a las grandes políticas públicas y a las verdades compartidas por la ciudadanía. Hoy, la dimensión del trabajo de estos organismos es otra muy distinta a la de sus comienzos: las víctimas (la “comunidad biológica de víctimas”, en la expresión de la investigadora argentina Cecilia Sosa³) han subido mucho en la escala de prestigio social; su forma de trabajar, si se quiere su combate, que es familista, que es sanguínea, que es genetizante, ha ganado poder (esto es, capacidad de construir realidad) y ha contribuido a endurecer nuestra aproximación —la de la ciudadanía en su conjunto— a zonas de la vida de suyo lábiles. La identidad y lo humano no se leen igual desde que esta estrategia ha tenido éxito.

Ciertamente, la sangre de las víctimas es un material pesado, firme. Difícil no hacerle caso ¿Cómo no conmoverse con Ignacio Guido cuando dice “soy el músico que era mi papá y la oradora que era mi mamá” o con Horacio Pietragalla, el “nieto recuperado número 75” cuando afirma que si le gustan los mariscos o Pink Floyd era porque a sus padres biológicos, de los que fue separado al poco de nacer, les gustaban esas delicias? Pero cuando se nos va de las manos esa sustancia viscosa es un material resbaladizo: pensado como la materialización de la *verdadera identidad*, lo que porta ese líquido rojo expulsa fuera de esos sustantivos (verdad, identidad...) a muchas situaciones sociales donde esos términos están en cuestión: transgénero, adopciones, maternidades y paternidades múltiples, maternidad subrogada, donaciones de óvulos, indigenidades y nacionalidades híbridas... ¿Acaso son identidades falsas o pseudoidentidades? Hoy podría pensarse que sí. Cuando la sangre gobierna, eso tiene entre otras consecuencias que una política de la identidad como la de Abuelas de Plaza de Mayo irradia hacia territorios ajenos al combate contra las consecuencias de la desaparición forzada, inundando esos territorios de una retórica (la del ser, la verdad, lo biológico, lo genético) que tiene los trazos de lo inimpugnable. Ahí, quizás convenga repensar el gobierno de la sangre y empezar a gobernarla.

² Ver Gabriel Gatti, *Surviving forced Disappearance in Argentina and Uruguay. Identity and meaning*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2014.

³ *Queering Acts of Mourning in the Aftermath of Argentina's Dictatorship. The Paradoxes of Blood*, Tamesis Books, Londres, 2014.